



Re-delimitando las fronteras del ‘Pueblo’ Apuntes para teorizar el populismo*

Nicholas De Genova**

RESUMEN

La preocupación cargada de ansiedad por el creciente ‘populismo’ en una escala efectivamente global exige a la academia crítica que reflexione en el estado del populismo como categoría analítica. La controvertida ambivalencia alrededor de la relación de la democracia y ‘el pueblo’ constituye un punto de partida fundamental para cualquier intento por comprender el populismo como un problema intelectual y político. El poder constitutivo del Pueblo como la fuente de legitimidad de la soberanía estatal democrático-burguesa moderna intrínsecamente envuelve un proceso de limitación de fronteras, en el cual el poder estatal se plantea constantemente como la manifestación acotada y territorialmente definida de un Pueblo particular, de una ‘nación’ con la cual se supone que corresponde por una supuesta afiliación (inalienable) natural y dada por nacimiento. El populismo siempre implica, por tanto, un proyecto de reinstauración o de reforzamiento de las fronteras de la Nación mediante la re-delimitación del Pueblo. Consecuentemente, la libertad humana de movimiento y la autonomía de la migración, que opera siempre a un nivel global-transnacional, provee los recursos vitales y necesariamente críticos para problematizar los espacios estatales de lo ‘nacional’ que están inextricablemente conectados con el populismo.

PALABRAS CLAVE

democracia; ciudadanía; nacionalismo; nativismo; migración

*Este artículo apareció primero en De Genova, N. (2018) Rebordering ‘the People’: Notes on Theorizing Populism. *South Atlantic Quarterly*, 117 (2): 357–374. DOI: <https://doi.org/10.1215/00382876-4374878>. Los editores de este número agradecen a South Atlantic Quarterly ceder los derechos de traducción y reimpresión de forma gratuita. La traducción de este artículo se ha realizado por Juan David Palacios, la revisión y correcciones por Sebastián Raza.

** Nicholas de Genova (Ph.D. en Antropología, Universidad de Chicago) es Profesor y Jefe de Departamento de los Estudios Culturales Comparativos en la Universidad de Houston. Su investigación gira en torno a temas de migración y bordes, raza y clase, ciudadanía y nacionalismo, y producciones de espacios. Correo electrónico: n.degenova@gmail.com

ABSTRACT

An anxious preoccupation with rising 'populism' on an effectively global scale commands that critical scholarship reflect on the status of populism as an analytical category. The vexed ambivalence around the relation between democracy and 'the people' presents a fundamental starting point for any attempt to apprehend populism as the site of an intellectual and political problem. The constitutive fashioning of the People as the legitimating source of modern, bourgeois-democratic state sovereignty intrinsically involves a process of bordering, whereby state power is consistently posited as the territorially delimited and bounded manifestation of a particular People, a 'nation' to which it is presumed to correspond as if by some natural, natal (birthright) filiation. Populism is thus always implicated in a project of reinstating or reinforcing the frontiers of the Nation by rebordering the People. Consequently, the human freedom of movement and the autonomy of migration, operating always on a transnational, global scale, provide vital and necessary critical resources for problematizing the state spaces of nationhood from which populism is inextricable.

KEYWORDS

democracy; citizenship; nationalism; nativism; migration

Sin importar hacia dónde miremos, últimamente parecería que existe una ansiosa y creciente preocupación acerca de la emergencia o renacimiento del 'populismo'. En los discursos europeos dominantes (incluidos aquellos de la izquierda), existe virtualmente el consenso de que el populismo es inherentemente una forma o expresión política corrompida, presuntamente identificable con nacionalismos de extrema derecha (anti-inmigrante, racista). En la Europa contemporánea, el término *populista* efectivamente opera como un epíteto, una etiqueta llena de desdén para castigar a todo aquel que rompe con lo tolerable de decencia elemental—'una especie de enfermedad moral que debe ser condenada moralmente, y no combatida políticamente' (Mouffe, 2009: 79; cf. Mudde, 2007). Esta, en efecto, es probablemente la razón por la que tiende a haber tan poca reflexión, relativamente hablando, acerca del estatus del populismo en tanto categoría analítica. Esto es de alguna manera similar al viejo problema de aquellos que buscan controlar y censurar la pornografía pero nunca pueden lograr definir con precisión alguna lo que encuentran ofensivo. El caso del populismo parece ser similar al de la pornografía: usted lo sabe cuando lo ve. En los Estados Unidos y en gran parte de América Latina, sin embargo, el populismo, como categoría, es claramente un término más ambiguo. En América Latina, el populismo a menudo ha sido principalmente asociado con un impulso anti-oligárquico acompañado —común y naturalmente— por uno de tipo anti-imperialista. En los Estados Unidos, la ambigüedad alrededor del populismo se debe a los legados ambivalentes y contradictorios del movimiento político de fines del siglo XIX conocido como 'Populismo' — el cual visiblemente canalizó una variedad de impulsos y tendencias antielitistas, *antiestablishment*, anticorrupción, igualitaristas, y generalmente democráticos — asociado ampliamente con una variada coalición de trabajadores asalariados, pequeños campesinos independientes, y otra 'gente común'. El populismo simultáneamente nutre y canibaliza la alienación, la ira, y el resentimiento

de los excluidos, perjudicados y desposeídos (Frank, 2004; Hardisty, 1999; Hochschild, 2016). Lamentablemente, los múltiples éxitos de los populismos reaccionarios o de derecha han recurrentemente inspirado varias formulaciones de populismos que pretenden ser de ‘izquierda’ o, como en la reciente intervención de Étienne Balibar, la formulación tentativa, como un contrapeso al ‘populismo nacionalista’, de un ‘contra-populismo transnacional’.

En el contexto contemporáneo de los Estados Unidos, el populismo ha sido ampliamente asociado con la vulgar y beligerante demagogia de Donald Trump. Acertadamente caracterizado como el ‘equivalente funcional de la derecha radical populista europea’, Trump es, no obstante, el equivalente *al estilo norteamericano*, en la medida en que de hecho es un ‘elitista anti-establishment’ (Mudde, 2015). La campaña de Trump por la presidencia de los Estados Unidos se basó literalmente desde su principio en un nativismo anti-inmigrante indisociable de racismo anti-Mejicanos/anti-Latinos (De Genova, 2017a). Si bien no existe duda de que las políticas de Trump son verdaderamente reaccionarias, se ha reconocido abiertamente que su oportunismo demagógico —últimamente supeditado a su narcicismo psicopatológico y a un descarado autoritarismo— se distingue fundamentalmente por una disposición política que es incoherente y claramente mal informada al punto de ser representada como ‘no-ideológica’. En este sentido, la noción de ‘trumpismo’ es un término muy equivoco. Efectivamente, la inconsistencia ideológica de Trump es tal que los más fervientes portavoces de la elite, establishment y conservadores lo repudian precisamente sobre la base de un imprudente e irresponsable ‘populismo’. El consejo editorial de la destacada *National Review* (2016), por ejemplo, lo ha caracterizado como ‘un político oportunista filosóficamente desorientado que podría destrozarse el amplio consenso ideológico conservador dentro del Partido Republicano en favor de un populismo de libre circulación con connotaciones de hombre fuerte’

y como una completa ‘amenaza al conservadurismo [norte]americano que podría llevarse el trabajo de generaciones y pisotearlo bajo sus pies en beneficio de un populismo tan descuidado y crudo como Donald mismo’. La profunda sospecha hacia el populismo, evidente en este estilo de conservadurismo elitista, es remisciente del escarnio irónico respecto a la democracia misma, ilustremente formulada por H.L. Mencken (1956 [1920]: 21): ‘En la medida en que la democracia se perfecciona, la oficina [del presidente] representa, más y más de cerca, el alma interior del pueblo. Nos dirigimos hacia un noble ideal. En algún gran y glorioso día las gentes sencillas de la tierra alcanzarán el más grande deseo de su corazón, y la Casa Blanca será adornada por un completo imbécil’. Es de hecho apropiado sugerir que Trump compensa su analfabetismo político general, su incompetencia gubernamental, y su desprecio autoritario por la ley mediante el recurso a un rudimentario populismo; sin embargo, esto puede suceder porque la condescendencia con ‘el pueblo’ es en realidad la profunda gramática de la vida política democrática moderna y, por tanto, algo mucho más elemental que cualquier programa o ideología política en estricto sentido. Incluso si un idiota como Trump no puede hablar bien o inteligentemente, en todo caso, en la medida en que puede hablar, esto depende de una gramática rudimentaria que lo une discursivamente con el entorno político en el cual opera. Lo que sugiero en este artículo es que esa gramática elemental que unifica la totalidad del campo discursivo de la democracia burguesa es aquella del populismo. Esta controvertida ambivalencia acerca de la relación entre democracia y ‘el pueblo’—‘las gentes sencillas de la tierra’— presenta, por tanto, un punto de partida para cualquiera intento por comprender al populismo como un problema intelectual y político.

¿Quiénes son ‘el Pueblo’? ¿Cómo sostienen a la democracia burguesa?

¿Qué, entonces, es populismo? En un esfuerzo por teorizar críticamente al populismo, es insuficiente comprometerse en lecturas meramente historicistas o consideraciones empíricas puramente descriptivas del populismo, como si se tratara de uno u otro fenómeno geográfica y temporalmente circunscrito. En el más estricto, pero también más amplio sentido de la palabra, el populismo es la promoción de los intereses y prerrogativas de ‘el pueblo’. ¿Quién, entonces —o, en efecto, *qué*— es ‘el pueblo’, después de todo? ¿Cómo podemos hacer para distinguir la figura populista del ‘pueblo’ que periódica pero persistentemente se afirma a sí misma en la política contemporánea, de la supuestamente más venerable (aunque elusiva) figura del ‘Pueblo’ a la cual nosotros evidentemente debemos los orígenes de la democracia moderna (burguesa) misma? ‘Una dimensión anti *status quo* es esencial al populismo’, observa astutamente Francisco Panizza (2009: 13-14) ‘ya que la constitución plena de las identidades populares necesita la derrota política del ‘otro’, el cual es percibido como opresor o explotador del pueblo’, y, más generalmente, que evita que el ‘pueblo’ alcance ‘la promesa de plenitud.’ Es crucial reconocer que, en el populismo, ‘el antagonismo es, por lo tanto, un modo de identificación en el cual la relación entre su forma (el pueblo como significante) y su contenido (el pueblo como significado) está dada por el propio proceso de nominación —es decir, de establecimiento de quiénes son los enemigos del pueblo (y, por lo tanto, de quién es propiamente pueblo)’. ‘La negativa a considerar lo político en su dimensión antagónica’, agrega Chantal Mouffe (2009: 72-3), ‘y la concomitante incapacidad para comprender el rol central de las pasiones en la constitución de identidades

colectivas' constituyen 'la raíz del fracaso de la teoría política para entender el fenómeno del populismo'.

La apelación ilusoria a una enigmática 'plenitud' de forma reveladora corresponde al más inquietante y aún muy público secreto del populismo: 'el pueblo' es un significante *vacío* (Laclau 2005: 91-162; 2009), seductivo, pero bastante más traicionero precisamente debido a que su significado y sustancia son peligrosamente vacías. 'La denominada 'pobreza' de los símbolos populistas es la condición de su eficacia política', sostiene firmemente Ernesto Laclau (2009: 60). Laclau (2005: 11-15), quien representa probablemente la más prominente excepción al menosprecio teórico bastante difundido hacia populismo en tanto problema epistémico, comienza su discusión justamente con la noción de que 'el referente del 'populismo' siempre ha sido ambiguo y vago en el análisis social': 'un rasgo característico persistente en la literatura sobre populismo es la reticencia – o dificultad – para dar un significado preciso al concepto. La claridad conceptual — ni qué hablar de definiciones— está visiblemente ausente de este campo'. De manera similar, Panizza (2009: 1) inicia su discusión con la misma nota: 'Se ha vuelto casi un cliché comenzar a escribir sobre populismo lamentando la falta de claridad acerca del concepto'.

Notablemente, la hipótesis central de Laclau (2005: 16) envuelve dentro de sí misma su respuesta al acertijo del populismo: 'El *impasse* que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que se encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; [...] el 'populismo', como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales 'totalizan' el conjunto de su experiencia política'. En efecto, como Laclau (2005: 11) sostiene: 'no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad

de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político'. Mientras en lo fundamental discrepo con la proposición específica de Laclau de que 'el populismo es la vía real para comprender algo relativo a la constitución ontológica de lo político como tal', de acuerdo a la cual 'un desdeñoso rechazo' del populismo es equivalente 'a la desestimación de la política *tout court*' (2005: 91, 10; cf. Laclau 1977); estoy de acuerdo, no obstante, en que el populismo presenta una suerte de 'escollo' ontológico para la tarea de teorizar la política, tal como la conocemos; y estoy igualmente convencido de que una interrogación más persistente y rigurosa del populismo es crucial para cualquier comprensión adecuada de la producción de las concepciones modernas de 'comunidad' política, como tal. Laclau (2005: 309) en última estancia va más allá, sin embargo, y propone que 'el pueblo' es nada menos que 'el protagonista central de la política'. Sin enfatizar más mi desacuerdo con Laclau, deberá ser suficiente decir que tal concepción de la política y de 'lo político como tal' permanece atrapada dentro las coordenadas de lo político tal como esta se ha fundamentado ontológicamente dentro del horizonte histórico extendido de la sociedad burguesa 'realmente existente'. Una teorización presumiblemente más útil del populismo aspiraría a una conceptualización de lo político de manera que pueda *exceder* los parámetros de lo político tal como están plantados sistemáticamente bajo el régimen sociopolítico efectivamente global del capitalismo, en lugar de recapitular y recuperar sus presunciones liberales más fundacionales.

La democracia, en su más simple expresión, es entendida como gobierno 'de, para, y por el Pueblo'. 'El Pueblo' es así consagrado con un tipo de aura de integridad incuestionable como premisa esencial de toda política democrática, ya que este provee la fuente auténtica de la soberanía del estado moderno. La legitimidad del poder del estado moderno se presenta como proveniente de un pacto mítico, un 'contrato social,' entre individuos naturalmente libres e iguales. Así, se pretende que el poder del estado deriva

del poder nacido naturalmente mediante la autónoma autodeterminación y consecuentemente auto-gobierno que se dice que reside dentro de cada uno de los individuos. De acuerdo con las convenciones de la teoría del contrato social, una vez que estos supuestos individuos se han reunido en alguna clase de 'comunidad' política, la libertad y la igualdad efectivas, que se consideran como derecho inalienable de todos, se convierten no en poder individual, sino colectivo, de auto-gobierno. De este modo, se vuelve necesario traducir esta libertad salvaje y 'natural' en una especie de libertad definida política y jurídicamente que pueda ser empleada para justificar la autoridad del estado como la expresión consensual 'democrática' de la voluntad del Pueblo. La soberanía del estado ahora parece ser legitimada, derivada evidentemente de la soberanía innata y natural del Pueblo. El Pueblo es así evocado para suplir este rol fundacional y constituyente dentro de los mitos de origen del poder del estado moderno, solo para luego entrar en reposo y ser relegado a su solemne y santificado lugar en el pasado brumoso, en la escena primordial de un contrato social que históricamente, de hecho, nunca tuvo lugar. El Pueblo, por tanto, suministra el fundamento indispensable, pero que inmediatamente se desvanece, de un orden político que ahora puede estar seguro del origen popular y la legitimidad democrática de su soberanía. Una vez que esto ocurre, el Pueblo es rápida y efectivamente descompuesto, reducido una vez más a un agregado de individuos ahora recodificado como 'ciudadanos' (De Genova, 2015a).

La moderno de esta forma de poder se deriva precisamente de la noción de que el Imperio del Hombre (como en la monarquía) ha sido irreversiblemente reemplazado por el Imperio de la Ley. Al dejar de ser meros sujetos de una soberanía monárquica, gente real —personas de carne y hueso arraigadas en densas y complejas redes de relaciones sociales— logra ser abstraída de las formas de vida comunal, tal como son vividas, y reducida a 'individuos' quienes, ahora como 'ciudadanos,' pueden figurar abstractamente como 'iguales' ante la Ley. En tanto individuos abstractos,

pues, todos los ciudadanos son supuestamente iguales, conmensurables, efectivamente intercambiables, dado que supone que la Ley se aplica uniformemente a todos y que nadie estará sujeto permanentemente a formas de dependencia y dominación personalistas y jerárquicas. La ciudadanía por tanto corresponde a un orden social en el cual todo el mundo se presume que participa voluntaria y ‘libremente’ en formas de intercambio, sea este un intercambio de bienes por dinero o, más comunmente, el intercambio de la capacidad de trabajo por salarios monetizados. En pocas palabras, la ciudadanía es una figura política que se atiene a las reglas abstractas que gobiernan el mercado capitalista (De Genova, 2015a). Así, podríamos reconocer que la soberanía popular del estado moderno es inseparable de un orden social capitalista específico. Está claro que, en lugar del el presunto ideal de inclusión y pertenencia, la ciudadanía ha sido por mucho tiempo una tecnología para la subordinación de mujeres y de varias categorías ‘minoritarias’, desplegada como medio para formas de inclusión/exclusión desiguales, contradictorias y diferenciadas dentro del régimen legal de una u otra formación estatal. Sin importar cuan desiguales a nivel fáctico, la ciudadanía a pesar de ello inscribe a gentes como ‘miembros’ auténticos pertenecientes a una comunidad política de iguales imaginaria, abstracta y artificial, que primero aparece en la figura del Pueblo, pero habitualmente viene a ser recodificada como ‘la Nación’. Así, en efecto, es como la ciudadanía sirve para unir nociones elevadas de ‘libertad’, ‘igualdad’, ‘democracia’ y los supuestamente inalienables ‘derechos humanos’ con el poder estatal y el nacionalismo.

El Pueblo y el Espacio del Estado-Nación

En el revelador giro de la frase de Mencken, 'el pueblo' es identificado con las 'gentes sencillas de la tierra'. Esta afiliación aparentemente inexorable de 'el pueblo' y 'la tierra' —efectivamente, el territorio del estado— es revelador e instructivo. Es notorio que la recreación del Pueblo como la Nación intrínsecamente envuelve un proceso de *limitación de fronteras*. Ningún poder estatal moderno se presenta como la expresión de la soberanía de *toda* la gente (la raza humana en su totalidad), sino que, por el contrario, dicho poder figura únicamente como la manifestación acotada y territorialmente delimitada de un Pueblo particular, de una 'nación' para la que se asume que corresponde mediante un tipo de afiliación natural (inalienable). Como es bien conocido, Benedict Anderson (1993: 24-5) ha apuntado acerca de la necesidad de cada nación de tener límites —el requisito de imaginar cualquier nación como una unidad definida por fronteras— debido a la contingencia de todas las naciones que se deriva de la falta fundamental de cualquier unidad orgánica, o de fronteras inmutables y naturales.

En la medida en que cada Pueblo se configura precisamente de acuerdo al alcance 'nacional' de un estado particular (territorialmente definido), la ciudadanía, que se instrumentaliza y por ende suplanta la voluntad popular como tal, puede ser correctamente examinada únicamente en el contexto de la historia sociopolítica formada y disciplinada —en efecto, delimitada por fronteras— por algún particular estado (nación) específico. 'Cada nueva forma de Estado,' sugiere Henri Lefebvre (2013: 319), 'aporta... su clasificación administrativa de los discursos del espacio... y la gente en el espacio'. A pesar de su mística ampliamente inclusiva e igualitaria, por tanto, una vez que localizamos la ciudadanía como un modo de personería jurídica dentro de una comunidad política definida por las fronteras territoriales y límites jurisdiccionales de

un estado ‘nacional’, queda más claro que la ciudadanía es siempre un marco inherentemente excluyente y divisivo que apunta a la producción de varios grados de no-ciudadanía y, por consiguiente, de no-personería jurídica. En este contexto, solo podemos evaluar debidamente el verdadero significado de la ciudadanía desde una perspectiva global que no esté confinada dentro de las fronteras de ninguna formación estatal particular. Consecuentemente, en lugar del habitual llamado liberal para la realización tardía de las promesas igualitarias de la ciudadanía, nuestro mayor reto es cultivar una imaginación radicalmente abierta acerca de cómo poner en movimiento varias formas de lucha política más allá y contra la seducción traicionera de la ciudadanía (De Genova, 2010b). Simultáneamente, en la medida que la ciudadanía descompone varias formaciones de vida comunal y sociabilidad en un agregado de ‘individuos’ (personas legales uniformes y conmensurables), esta no obstante reconstituye a los ciudadanos dentro de una comunidad ‘nacional’ que se presume que abarca y subsume todas las otras formas de división social y antagonismo dentro de una gran unidad política: la Nación.

De modo similar, el populismo está circundado por los parámetros de la Nación. La separación entre ‘el pueblo’ y su otro —quienquiera o cualquiera podría ser retratado como el ‘enemigo del pueblo’, tal como lo formula de modo instructivo Panizza—, sin el cual una ‘subjektividad popular’ no podría emerger, de acuerdo a Laclau (2009), se caracteriza efectivamente como una ‘frontera interna’ (62), cuya articulación en efecto ‘divide el espacio social en dos campos’ (64). Aparte de la clara posibilidad de que esta noción de ‘sociedad’ esté basada en un tipo convencional de nacionalismo metodológico, la pregunta más profunda que surge es si tal frontera es en efecto ‘interna’ y por qué la imaginamos de dicho modo. Cada nacionalismo está intrínsecamente fundamentado en la amenaza de ‘enemigos’ extranjeros (*externos*). Además, es precisamente a través de un populismo que se caracteriza por ser reaccionario que el nativismo

anti-inmigrante yuxtapone al 'pueblo' —rutinariamente identificado con varias nociones excluyentes de la 'nación' que se supone auténtica— con la amenaza 'externa' de la invasión de migrantes o refugiados, una muchedumbre de intrusos 'extranjeros' preparados para usurpar la pretendida soberanía y el supuesto patrimonio del Pueblo. En este sentido, la frontera externa de la nación opera, en todo momento, simultáneamente como mecanismo *interno* para levantar fronteras entre ciudadanía y otredad dentro del espacio del estado. Por otra parte, y de manera importante, cada nacionalismo está invariablemente desafiado a confrontar sus propios requisitos inherentes para la estabilización de una identidad 'nacional' que pueda no solo mediar con el convencional 'extranjero' de los migrantes o refugiados, sino también remediar 'lo extranjero' en su propio interior; y, por tanto, tiende irremediabilmente a revelar que existen 'minorías internas' particulares que se presume que son esencialmente hostiles a la 'nación'. Asimismo, dada la afinidad de lo nacional con la *natividad*, y por tanto con los privilegios y derechos que se suponen natales por mero nacimiento, tales figuras de 'extranjería' (tanto interna interna como externa) tienden a ser constituidas sistemáticamente en términos racializados. Así pues, cada nativismo que está orientado aparentemente hacia afuera en la fortificación de una frontera externa tiende también a ramificarse al interior en un proyecto de purificación nacional.

El nativismo, como he argumentado en otras ocasiones (De Genova, 2005: 56–94; 2010a; 2016), es la modalidad específica por la cual cada nacionalismo es abastecido con sus políticas de 'identidad' decisivas y definitivas. El nativismo es una fuerza unificadora y motivadora dentro del nacionalismo mismo, y la política de identidad del nativismo nunca puede ser totalmente eliminada. Nunca un nacionalismo es realmente recuperable de su nativismo. Más precisamente, el nativismo garantiza al estado-nación una 'identidad nacional' en la imagen de la cual es posible producir su Pueblo. El Pueblo fantasmagórico que autoriza al populismo y legitima el

poder soberano moderno debe, por lo tanto, ser fabricado retroactivamente mediante proyectos nacionalistas persistentes a través de los cuales los estados intentan sujetar a sus poblaciones en cautiverio fronterizo. De ahí que el populismo, en todas sus iteraciones, esté siempre atrapado en uno u otro nacionalismo, e invariablemente recapitula alguna versión del nativismo que asegura a la Nación con una identidad esencial. El populismo está entonces siempre embarcado en un proyecto de rehabilitar y reforzar las fronteras de la Nación a través de la redelimitación de las fronteras del Pueblo.

¿La voz del Pueblo?

Existe una crítica de izquierda establecida tanto del nacionalismo como del populismo sobre la base de que estos sirven para ofuscar las desigualdades sociales reales y antagonismos que son constitutivos de cualquier formación social moderna. Laclau, en su trabajo colaborativo con Mouffe, ha tematizado el lugar constitutivo de tales antagonismos dentro de la democracia. Siguiendo a Claude Lefort, Laclau y Mouffe (1987: 211) perciben una afinidad del populismo con los proyectos totalitarios de homogeneidad, y, en la medida en que la democracia tiende a exponer estas diferencias y antagonismos, plantean una tensión básica entre un populismo totalitario y la democracia:

Con el totalitarismo, en lugar de designar un sitio vacío, el poder pretende materializarse en un órgano que se supone representante del pueblo UNO. Es bajo el pretexto de realizar la unidad del pueblo que se instala la denegación de la división social que había sido hecha visible por la lógica democrática. Una tal denegación constituye el centro de la lógica totalitaria, y ella se efectúa en un doble movimiento: "la anulación de los signos de la división del Estado y de la sociedad, y de los de la división social interna. Ellos implican una anulación de la diferenciación de instancias que rigen la constitución de la sociedad política" [Lefort (1981: 1973)].

Reiterando la oposición fundamental entre la facilitación pluralista de la diferencia de la democracia y el afán del totalitarismo por la unidad y la uniformidad, Laclau y Mouffe (1987: 211-2) continúan:

Frente a la indeterminación radical que abre la democracia, se trata de una tentativa por reimponer un centro absoluto, por restablecer el cierre que habrá de restaurar la unidad. Pero si es cierto que uno de los peligros que amenazan a la democracia es la tentativa totalitaria de querer sobrepasar el carácter constitutivo del antagonismo y negar la pluralidad para restaurar la unidad, ella corre también otro peligro que es el exactamente opuesto. Este consiste en la ausencia de toda referencia a esa unidad que, si bien es imposible, es, sin embargo, un horizonte necesario para impedir que, en ausencia de toda articulación entre las relaciones sociales, se asista a una *implosión* de lo social, a una ausencia de todo punto de referencia común. Esta disolución del tejido social causada por la destrucción del cuadro simbólico es otra forma de desaparición de la política.

En su esfuerzo por formular una estrategia para la 'democracia radical', Laclau y Mouffe vuelven a la proposición que la unidad del Pueblo, sin importar cuan imposible, provee un horizonte definido para cualquier política viable. Así, para Laclau y Mouffe, la tarea esencial de cualquier proyecto político 'democrático radical' es la articulación del antagonismo elemental entre lo popular y su otro. 'Lo que resulta problemático no es la referencia al "pueblo"', Mouffe (2009: 94-5) indica enfáticamente. 'De hecho, he señalado que es necesario reafirmar el lado democrático de la democracia liberal, y esto implica la reactivación de la noción de soberanía popular. El problema reside en el modo en que se construye este 'pueblo'. En efecto, para Laclau y Mouffe, todos los proyectos políticos — incluidos aquellos de la Izquierda— requieren articularse en el lenguaje del populismo (cf. Laclau 1977).

En esta línea, es instructivo recuperar las incisivas reflexiones de Wilhelm Reich (1970 [1933]) sobre la psicología de masas del fascismo y las dinámicas afectivas de su apelación populista entre aquellos que convencionalmente se hubiese esperado que respondan a la apelación de la

Izquierda. La crítica de Reich a la falla de la izquierda de cara al fascismo gira precisamente en torno a su apreciación de ‘la trivial, banal, primitiva y simple vida de cada día [...] [d]el deseo de las *más extensas masas*’ (que la Izquierda no pudo comprender o tomar con seriedad), en contraste con el ‘sectario y escolástico’ debate sobre análisis abstractos, la rígida ortodoxia, y el vulgar economismo que imperó dentro de la autoproclamada vanguardia (Reich 1966 [1934]: 291; cf. Reich 1970 [1933]: 6–7). Reflexionando sobre problemas análogos, George Orwell (1989 [1937]: 174) notablemente argumentó de manera similar:

El fascismo se estima como un estratagema de la "clase dominante", lo que a fin de cuentas es cierto . Pero, presentado así, esto solo explicaría por qué el fascismo apela a los capitalistas. ¿Qué decir de los millones que no son capitalistas, de aquellos que en un sentido material no tienen nada que ganar del fascismo, y son a menudo conscientes de esto, y, a pesar de ello, son Fascistas? Podrían ser que lo único que los arrastra al fascismo es que el Comunismo atacó, o parecía atacar, ciertas cosas (patriotismo, religión, etc.) que están más allá de su motivo económico [...]. Es una lástima que los Marxistas casi siempre se concentren en tirar lo económico de la manta ideológica; esto en un sentido revela la verdad, con esta consecuencia: que la mayoría de su propaganda no logra dar en el clavo.

Resonando las preocupaciones de Reich, Orwell prosigue al lamentar que ‘la justicia y la libertad’, ‘el ideal subyacente del Socialismo’, tienden a ser ‘enterradas bajo varias capas de moralismo doctrinario, grescas partidarias y un ‘progresismo’ a medias al punto de terminar como un diamante escondido debajo de una montaña de estiércol’, de modo tal que ‘el Socialismo [...] pierde su esencia de revolución y derrocamiento de tiranos; y empieza adquirir un olor a obsesión’ (201). Sin embargo, si se objeta que ideales amorfos tales como ‘justicia y libertad’ resuenan vagamente con algún populismo, estamos frente al mismo dilema que Reich y Orwell buscaron resaltar: que el populismo reaccionario ha tenido éxito repetidamente al apelar a los deseos afectivos de los explotados y

desposeídos usualmente con consecuencias devastadoras. En última instancia, el éxito del populismo activa esta falsa equivalencia entre el oprimido y 'el pueblo'.

En la medida en que el populismo se presenta a sí mismo como una auténtica expresión de la voluntad política o de los deseos de 'el pueblo,' este 'ventricuoliza' al Pueblo, que estaba destinado a ser relegado al silencio y la carencia de voz en medio de la solemnidad del enigma del cual emergió nuestra modernidad política. Así, el populismo de manera engorrosa invoca la presencia espectral del Pueblo – esa enigmática, en efecto, fantasmagórica, fetichizada figura de la soberanía democrática. Ocurre sencillamente que no hay otra fuente definitiva, creíble o legítima, de autoridad 'democrática' que el Pueblo. Por consiguiente, cuando 'el pueblo' habla, indefectiblemente en los extraños y diversos lenguajes del populismo, la gente —todos nosotros—, estamos compelidos a, o simplemente terminamos por, escuchar. Sin embargo, el visible 'retorno' del Pueblo es siempre esencialmente impuro. La exaltación del populismo del 'pueblo', pues, conjura al fantasma del Pueblo y parece encarnar el poder del estado con una manifestación más auténtica del poder originario y constituyente de la soberanía popular, de la cual el estado oficialmente deriva su legitimidad y por la cual el estado da por sentado su rol, permanente y siempre vigilante, de cuidador. 'El populismo juega el papel del invitado incómodo. Es un elemento paradójico que funciona como momento interno de la democracia liberal y, a la vez, como perturbación del espacio normalizado en el que se desenvuelve la política' (Arditi 2010: 149). No obstante, cuando el Pueblo es así invocado y pareciese capaz de enunciar su voluntad directamente sin mediación alguna, el populismo amenaza introducir al estado una crisis política. El populismo, Panizza (2009: 21) sostiene, es 'el lenguaje de la política cuando no puede haber política en su forma habitual: un modo de identificación característico de tiempos de perturbación y desalineamiento, que implica el restablecimiento

de las fronteras sociales conforme a lineamientos diferentes de aquellos que previamente habían estructurado a la sociedad'. Y, a pesar de ello, el populismo nunca disputa genuinamente la noción de que el estado debe servir diligentemente al Pueblo y hacer cumplir su voluntad: solo anota que el estado necesita ser rescatado periódicamente de 'intereses especiales' que lo cooptan y pervierten su misión. En este sentido, el populismo tiende a jugar un rol restaurativo al revitalizar el mandato popular del estado.

Si bien el populismo implica un proyecto de recomposición política de las fronteras de las divisiones sociales existentes, lo que es aun más fundamental es que el populismo es intrínsecamente un proyecto de redelimitación del 'Pueblo', y, por lo tanto, de recomposición de 'la Nación', como parte de un gran esfuerzo por restaurar la supuesta alineación del estado con la voluntad popular. Es en este sentido que todos los populismos expresan un ethos democrático elemental y podrían pues emanar un aura igualitaria, inclusiva y 'progresista'. Pese a ello, todo populismo, como todo nacionalismo, es finalmente 'reaccionario' en la medida en que intervienen en el campo político sobre la base de reconstituir 'lo popular' siempre fundamentados en una supuesta pluralidad de 'pueblos' limitados por fronteras, mutuamente excluyentes y esencializados. Así, sin importar la forma que tome, sea esta abiertamente de derecha o aparentemente de izquierda, el populismo es indisociable de la reestabilización básica de los órdenes sociopolíticos globales de poderes estatales nacionalistas ya existentes median un régimen global de acumulación de capital. Como con el nacionalismo, simplemente no hay populismo que sea articulado en beneficio de 'el pueblo' de la tierra global, en el que 'el pueblo' coincide con la totalidad de la raza humana como tal. Desde esta perspectiva, toda las manifestaciones del populismo sirven para recapturar las energías insurgentes de las luchas emancipatorias y entrapar a la 'gente común' dentro de las fronteras de la Nación, reinscribiendo un cercamiento político

democrático donde la vida humana está subordinada a, y sometida por, la metafísica nacionalista del poder estatal.

La autonomía de la Migración y el poder constituyente móvil de la vida humana

Si el populismo ha venido a ser considerado ampliamente como sinónimo de nativismo anti-inmigrante, es porque claramente constituye un síntoma de una metafísica nacionalista más profunda de un mundo con fronteras en el que la política, la ley, la justicia y la democracia han sido sistemáticamente planteadas primaria y excesivamente en una escala nacional de acuerdo a la que los supuestos derechos, beneficios, prioridades y prerrogativas del 'pueblo' tienden a ser indistinguibles de las reivindicaciones y pretensiones de lo nacional. Si, por otra parte, como ya he sugerido, el populismo, consecuentemente, está siempre envuelto en un proyecto de reinstalar o reforzar las fronteras de la Nación mediante la redelimitación del Pueblo, entonces la libertad humana de movimiento y la autonomía de migración, que siempre opera a una escala transnacional, casi-global, ofrecen recursos vitales y cruciales con los cuales problematizar las fronteras y espacios estatales de lo nacional en las que el populismo está inextricablemente atascado.

Como proyecto autónomo, con sus propias aspiraciones, necesidades, y deseos, lo que por fuerza mayor excede y desborda cualquier régimen de inmigración y ciudadanía, son los migrantes que, a través de sus proyectos de movilización, representan y ponen en movimiento una libertad elemental de movimiento que encuentra en las fronteras intrínsecamente una respuesta, no importa cuán brutal. Pero, a pesar de la absoluta brutalidad como de la violencia estructural de la limitación fronteriza, los seres humanos continúan, en una escala global, persistiendo en sus proyectos de movilidad, estableciendo incesante e incansablemente

a la migración como un problema y hecho central y constitutivo de nuestro presente poscolonial global: no simplemente como un ‘síntoma’ de las prolongadas y convulsivas crisis de un orden mundial en estragos por la guerra y la violencia genocida, sino también como un agente viral activo que instiga situaciones ‘crisis’ para la soberanía de los poderes estatales. En contradicción radical con los regímenes fronterizos securitizados y militarizados de los estados-nación, pero siempre articulado de igual manera mediante los campos de fuerza múltiples y necesariamente semi-permeables de estos regímenes fronterizos, la autonomía de migración y los movimientos de refugiados se presentan como una fuerza subjetiva. La intratable subjetividad y autonomía de la migración, por lo tanto, manifiesta diversas configuraciones de una aun más amplia variedad de modos en que la vida humana, como tal, pone en movimiento su relación activa (productiva) con el espacio del planeta y, de este modo, reitera la primacía de la vida humana como un constituyente móvil de poder mismo (De Genova, 2010a).

El llamado específico a reevaluar la autonomía de la migración en la coyuntura global contemporánea de múltiples crisis entrelazadas demanda una evaluación crítica y recíproca de populismos particulares nativistas en términos de sus especificidades históricas como formaciones política de ‘crisis’ (ver, por ejemplo, De Genova, 2015b, 2017a, 2017b, 2017c, 2017d; New Keywords Collective, 2016). Desde 2015, con la proliferación en los medios masivos y el debate público de invocaciones a la llamada crisis de migrantes o refugiados en Europa, las tradicionales políticas de protección respecto a refugiados han sido progresivamente invertidas (Nyers, 2003; Scheel, Garelli, and Tazzioli, 2015), suplantadas ahora por un discurso de sospecha antiterrorista. Al confrontar la autonomía de los movimientos de refugiados, particularmente de Siria, varios países europeos, así como los Estados Unidos, han reformulado cada vez más la figura del refugiado como una que a cada momento es potencialmente inícuca, contra la que ‘el

pueblo' o 'la nación' deben ser protegidos y contra la que el poder soberano del estado intenta inocularse (De Genova, 2017b, 2017c). Mientras hacía campaña por la presidencia de los Estados Unidos, Trump repetidamente proclamó que no habían procedimientos adecuados en curso para contener debidamente a los refugiados de Siria, y entonces, una vez en el poder, procuró aprobar por decreto ejecutivo una prohibición a la entrada de todas las personas que viajaban desde una lista estipulada de países de mayoría musulmana. En una concentración, Trump presagió: 'Malas, malas cosas van a pasar. [...] Este puede ser el caballo de Troya más grande de todos los tiempos'. Comparando a los refugiados con 'serpientes despiadadas', procedió a leer la letra de una canción acerca de una mujer que cuida a una serpiente a medio congelar solo para que ésta la mordiera y la matara, sin al final réplicar: 'Tú muy bien sabías que yo era una serpiente antes de que me tomaras' (Seattle Times 2016). Asimismo, promovió la idea de que los refugiados sirios en particular deberían ser exhaustivamente registrados para vigilancia en listas de observación: 'Quiero una base de datos de los refugiados [...] no tenemos idea quiénes son estas personas. Cuando los refugiados sirios vienen y empiezan a esparsirse en este país, no sabemos con certeza si son ISIS, no sabemos si esto es un caballo de Troya' (citado en Carroll, 2015). Así, incluso en un país que ha estado extensamente aislado de cualquier influjo masivo de refugiados desde el Medio Oriente, hemos atestiguado el efectivo colapso de la dicotomía ideológica dominante entre la figura de los refugiados 'buenos' y 'meritorios', y la figura del migrante oportunista 'ilegal'. La autonomía transgresora de la migración, ahora de manifiesto como una inquietante 'autonomía de asilo' (De Genova, Garelli, y Tazzioli, 2018) activada por las movi­lidades de los refugiados, ha provocado de este modo que los poderes soberanos de los estados recodifiquen rápidamente a las 'víctimas' como víboras desviadas, codificando gente huyendo del conflicto violento y la persecución, y la previamente apropiada compasión, piedad, y protección, ahora como

una amenaza embrionaria —los potenciales terroristas, violadores, y criminales— a la espera de la oportunidad para emboscar, atacar, y *explotarnos* (De Genova, 2017b, 2017c; New Keywords Collective, 2016).

El carácter intrínsecamente reaccionario del populismo en tanto ejercicio nativista de redelimitación del Pueblo es especialmente evidente cuando la política identitaria de pertenencia nacional, y la ‘extranjería’ contra la cual la nación debe estar protegida, torna su vigilancia hacia adentro. Es notorio que hayamos presenciado campañas estatistas reaccionarias contra la espectral amenaza de la ‘migración’, incluso en contextos en donde aquellas personas que se presume que representan el objeto ‘extranjero’ del desprecio y la sospecha populista no son de hecho migrantes o refugiados. En particular, las convulsiones nativistas-populistas contra los ‘inmigrantes ilegales’ se han dirigido crecientemente a ciudadanos miembros nativos (‘minoría’ racial). En las fronteras del este de la República Democrática del Congo, ciudadanos Congoleseos nativos, descendientes de los pueblos Hutu y Tutsi, residentes por generaciones del lado Congolés de la frontera, han sido designados con desdén como ‘Ruandeses’ y en el centro de atención para la expulsión (Jackson, 2006, 2013; Huening, 2013). Similarmente, en la República Dominicana, los descendientes nativos de trabajadores migrantes, quienes fueron reclutados generaciones atrás de su vecino Haití, han sido repensados como ‘Haitianos’, despojados legalmente de sus derechos de ciudadanía por nacimiento, transformados en personas sin estado, y denigrados como ‘inmigrante ilegal’ en la única tierra en donde ellos han vivido (Hayes de Kalaf, 2015a, 2015b; cf. Kosinski, 2009; Paulino, 2006). Mientras tanto, en Myanmar (Burma), ciudadanos nativos musulmanes Rohingya han sido asimismo legalmente despojados de su ciudadanía, fustigados como ‘inmigrantes ilegales’ de Bangladesh, y sujetos a atroces pogromos y confinados en lo que virtualmente son campos de concentración (Lewa, 2009; Pugh, 2013). Esos ejemplos son pocos de los más extraordinarios de una proliferación a escala

global de nuevas formaciones de nativismo dirigido no meramente hacia migrantes 'extranjeros' sino hacia ciudadanos individuales minoritizados que pueden redeterminarse como 'extranjeros' virtuales o de facto —en efecto, a menudo como indiscutibles 'enemigos'— *dentro* del espacio del estado-nación (cf. Appadurai, 1998a, 1998b, 2000, 2006; Ceuppens and Geschiere, 2005; Geschiere, 2009, 2013; Geschiere and Nyamnjoh, 2000; Mamdani, 2001; Mbembe, 2001).

Así, la política populista ha prosperado en escenarios donde el Pueblo —'nuestro' pueblo— debe ser protegido, en los que el aislamiento y la refortificación de las fronteras de la Nación demandan una auténtica redelimitación del Pueblo. El populismo resurgente, cualquiera que sea su aparente igualitarismo o sus vacíos gestos de reafirmación de la soberanía democrática popular, es inseparable de la escala nacional en la que el poder del estado (burgués democrático) moderno se ha fundamentado universalmente, y por tanto no puede escapar del postulado de un Pueblo que siempre está inherentemente limitado por fronteras, que permiten únicamente ser redelimitadas. El único contrapoder genuino para la soberanía de los estados 'nacionales', por lo tanto, será constituida a través de las luchas de aquellas gentes que cesan y desisten de manera total de la pretensión de ser un Pueblo — y, por ende, repudian en la práctica de la ilusoria pretensión democrática de responsabilizar al estado como propia encarnación de la voluntad popular —, desafiando las fronteras nacionalistas y sosteniendo una insurgencia que excede los límites del estado-nación. En este contexto, al perturbar y desbaratar el orden mundial fronterizo de estados 'nacionales' y sus respectivos y divididos 'pueblos' — aun si es a una mínima escala —, la autonomía de la migración se mantiene como una fuerza que es, al mismo tiempo, objetivamente política y permanentemente incorregible, acechando al régimen fronterizo global con una de las manifestaciones primarias de lo que debemos reconocer finalmente como el poder constituyente móvil de la vida humana misma.

Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica
- Appadurai, A. (1998a). 'Dead Certainty: Ethnic Violence in the Era of Globalization.' *Public Culture* 10, no. 2: 225–47.
- Appadurai, A. (1998b). 'Full Attachment.' *Public Culture* 10, no. 2: 443–49.
- Appadurai, A. (2000). 'Spectral Housing and Urban Cleansing: Notes on Millennial Mumbai.' *Public Culture* 12, no. 3: 627–51.
- Appadurai, A. (2006). *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*. Durham, NC: Duke University Press.
- Arditi, B. (2010). *La Política en los Bordes del Liberalismo*. Barcelona: Gedisa
- Balibar, E. (2017). "'Populism' and 'Counter-Populism' in the Atlantic Mirror." *openDemocracy*, January 2. www.opendemocracy.net/can-europe-make-it/etienne-balibar/populism-and-counter-populism-in-atlantic-mirror.
- Carroll, L. (2015). 'In Context: Donald Trump's Comments on a Database of American Muslims.' *PolitiFact*, November 24. www.politifact.com/truth-o-meter/article/2015/nov/24/donald-trumps-comments-database-american-muslims.
- Ceuppens, B., & Geschiere P. (2005). 'Autochthony: Local or Global? New Modes in the Struggle over Citizenship and Belonging in Africa and Europe.' *Annual Review of Anthropology* 34: 385–407.
- De Genova, N. (2005). *Working the Boundaries: Race, Space, and 'Illegality' in Mexican Chicago*. Durham, NC: Duke University Press.
- De Genova, N. (2010a). 'The Deportation Regime: Sovereignty, Space, and the Freedom of Movement.' En *The Deportation Regime: Sovereignty, Space, and the Freedom of Movement*, editado por Nicholas De Genova and Nathalie Peutz, 33–65. Durham, NC: Duke University Press.
- De Genova, N. (2010b). 'The Queer Politics of Migration: Reflections on 'Illegality' and Incurability.' *Studies in Social Justice* 4, no. 2: 101–26.

- De Genova, N. (2015a). 'Denizens All: The Otherness of Citizenship.' En *Citizenship and Its Others*, editado por Bridget Anderson and Vanessa Hughes, 191–202. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- De Genova, N. (2015b). 'In the Land of the Setting Sun: Reflections on 'Islamization' and 'Patriotic Europeanism.' *Movements: Journal für kritische Migrations- und Grenzregime-forschung* (Movements: Journal for Critical Migration and Border Regime Research) 1, no. 2. <http://movements-journal.org/issues/02.kaempfe/15.de-genova--pegida-islamization-patriotic-europeanism.html>.
- De Genova, N. (2016). 'The 'Native's Point of View' in the Anthropology of Migration.' *Anthropological Theory* 16, nos. 2–3: 227–40.
- De Genova, N. (2017a). 'The Incorrigible Subject: Mobilizing a Critical Geography of (Latin) America through the Autonomy of Migration.' *Journal of Latin American Geography* 16, no. 1: 17–42.
- De Genova, N. (2017b). 'Introduction: The Borders of 'Europe' ... and the 'European' Question.' En *The Borders of 'Europe': Autonomy of Migration, Tactics of Bordering*, editado por Nicholas De Genova, 1–36. Durham, NC: Duke University Press.
- De Genova, N. (2017c). 'The 'Migrant Crisis' as Racial Crisis: Do Black Lives Matter in Europe?' *Ethnic and Racial Studies*. <http://dx.doi.org/10.1080/01419870.2017.1361543>.
- De Genova, N. (2017d). 'The Whiteness of Innocence: Charlie Hebdo and the Metaphysics of Antiterrorism in Europe.' En *After Charlie Hebdo: Terror, Racism, and Free Speech*, editado por Gavan Titley et al., 97–113. London: Zed Books.
- Frank, T. (2004). *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*. New York: Metropolitan Books.
- Geschiere, P. (2009). *Perils of Belonging: Autochthony, Citizenship, and Exclusion in Africa and Europe*. Chicago: University of Chicago Press.

- Geschiere, P. (2013). 'Autochthony, Citizenship, and (In)security: New Turns in the Politics of Belonging in Africa and Elsewhere.' En *Rhetorics of Insecurity: Belonging and Violence in the Neoliberal Era*, editado por Zeynep Gambetti and Marcial Godoy-Anativia, 40–68. New York: Social Science Research Council and New York University Press.
- Geschiere, P., & Nyamnjoh, F. B. (2000). 'Capitalism and Autochthony: The Seesaw of Mobility and Belonging.' *Public Culture* 12, no. 2: 423–52.
- Hardisty, J. V. (1999). *Mobilizing Resentment: Conservative Resurgence from the John Birch Society to the Promise Keepers*. Boston: Beacon.
- Hayes de Kalaf, E. (2015a). 'Dominican Republic Has Taken Citizenship from Up to Two Hundred Thousand and Is Getting Away with It.' *The Conversation*, June 19. <http://theconversation.com/dominican-republic-has-taken-citizenship-from-up-to-200-000-and-is-getting-away-with-it-43161>.
- Hayes de Kalaf, E. 2015b. 'How a Group of Dominicans Were Stripped of Their Nationality and Now Face Expulsion to Haiti.' *The Conversation*, April 8. <http://theconversation.com/how-a-group-of-dominicans-were-stripped-of-their-nationality-and-now-face-expulsion-to-haiti-39658>.
- Hochschild, A. R. (2016). *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. New York: New Press.
- Huening, L.-C. (2013). 'Making Use of the Past: The Rwandophone Question and the 'Balkanisation of the Congo'.' *Review of African Political Economy* 40, no. 135: 13–31.
- Jackson, S. (2006). 'Sons of Which Soil? The Language and Politics of Autochthony in Eastern D.R. Congo.' *African Studies Review* 49, no. 2: 95–123.
- Jackson, S. (2013). 'Congolité: Elections and the Politics of Autochthony in the Democratic Republic of the Congo.' In *Gambetti and Godoy-Anativia, Rhetorics of Insecurity*, 69–92.
- Kosinski, S. (2009). 'State of Uncertainty: Citizenship, Statelessness, and Discrimination in the Dominican Republic.' *Boston College International and Comparative Law Review* 32, no. 2: 377–98.

- Laclau, E. (1977). 'Towards a Theory of Populism.' In *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, 143–98. London: New Left Books.
- Laclau, E. (2005). *La Razón Populista*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2009). 'Populismo: ¿qué nos dice el nombre?' En *El populismo como Espejo de la Democracia*, editado por Francisco Panizza, 51-70. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E., & Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y Estrategia Socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (2013). *La Producción del Espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lefort, C. (1981). *L'invention démocratique*. Paris: Fayard.
- Lewa, Ch. (2009). 'North Arakan: An Open Prison for the Rohingya in Burma.' *Forced Migration Review*, no. 32: 11–14.
- Mamdani, M. (2001). *When Victims Become Killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Mbembe, A. (2001). 'Ways of Seeing: Beyond the New Nativism.' *African Studies Review* 44, no. 2: 1–14.
- Mencken, H. L. (1920) [1956]. 'Bayard vs. Lionheart.' *Baltimore Evening Sun*, July 26. Reimpreso en H. L. Mencken, *On Politics: A Carnival of Buncombe*, 17–21. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Mouffe, C. (2009). 'El Fin de la Política y El Desafío del Populismo de Derecha.' En *El populismo como Espejo de la Democracia*, editado por Francisco Panizza, 71-96. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2015). 'The Trump Phenomenon and the European Populist Radical Right.' *Washington Post*, August 26. www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2015/08/26/the-trump-phenomenon-and-the-european-populist-radical-right.

- National Review. 2016. 'Against Trump.' January 21. www.nationalreview.com/article/430137/donald-trump-conservative-movement-menace.
- New Keywords Collective. (2016). 'Europe/Crisis: New Keywords of 'the Crisis' in and of 'Europe.' Edited by Nicholas De Genova and Martina Tazzioli. Near Futures Online, no. 1. <http://nearfuturesonline.org/europecrisis-new-keywords>.
- Nyers, P. (2003). 'Abject Cosmopolitanism: The Politics of Protection in the Anti-Deportation Movement.' *Third World Quarterly* 24, no. 6: 1069–93. Reimpreso en De Genova & Peutz, *Deportation Regime*, 413–41.
- Orwell, G. [(1937) 1989]. *The Road to Wigan Pier*. New York: Penguin Books.
- Panizza, F. (2009). 'Introducción. El populismo como espejo de la democracia.' En *El populismo como Espejo de la Democracia*, editado por Francisco Panizza, 9-49. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Paulino, E. (2006). 'Anti-Haitianism, Historical Memory, and the Potential for Genocidal Violence in the Dominican Republic.' *Genocide Studies and Prevention* 1, no. 3: 265–88.
- Pugh, C. L. (2013). 'Is Citizenship the Answer? Constructions of Belonging and Exclusion for the Stateless Rohingya of Burma.' *International Migration Institute (IMI) Working Paper 76*. Oxford: IMI, University of Oxford. Also published as Centre on Migration, Policy and Society (COMPAS) Working Paper 107. Oxford: COMPAS, University of Oxford, 2013. www.compas.ox.ac.uk/media/WP-2013-107-Pugh_Stateless_Rohingya_Burma.pdf.
- Reich, W. (1970). [1933]. *The Mass Psychology of Fascism*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Reich, W. (1966). [1934]. 'What Is Class Consciousness?' In *Sex-Pol: Essays, 1929–1934*, 275–358. New York: Vintage Books.
- Scheel, S., Garelli, G., and Tazzioli, M. (2015). 'Politics of Protection.' En 'New Keywords: Migration and Borders,' by Maribel Casas-Cortes et al., *Cultural Studies* 29, no. 1: 70–73.

Seattle Times. (2016). 'At Everett Rally, Trump Slams Clinton, Syrian Refugees.' August 30. www.seattletimes.com/seattle-news/politics/in-everett-trump-makes-pitch-for-black-voters.

